



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: Fernand Braudel y la civilización latinoamericana

Autor: Kozel, Andrés

Forma sugerida de citar: Kozel, A. (2021). Fernand Braudel y la civilización latinoamericana. *Cuadernos Americanos*, 3(177), 177-203.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año XXXV, núm. 177, (julio-septiembre de 2021).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México,
Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México.
<https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ **Atribución:** usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ **No comercial:** usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ **Sin derivados:** si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Fernand Braudel y la civilización latinoamericana

Por *Andrés KOZEL**

1. Propósito y encuadre

ME PROPONGO ABORDAR la andadura del concepto *civilización* en la obra de Braudel y, más concretamente, sus consideraciones acerca de América Latina como *civilización agonal* y en *ciernes*.¹ Pienso que una relectura en esta clave es relevante por varias razones. Una tiene que ver con recentrar la específica manera braudeliiana de entender las civilizaciones: prudente a la vez que flexible y, sobre todo, cultora de equilibrios entre la atención a las larguísimas permanencias y la sensibilidad a los inagotables matices de las realidades históricas. Otra se relaciona con explorar las tensiones y complementariedades identificables entre los enfoques civilizacional y los de la economía-mundo y, más allá, de la economía-mundial. Se trata de una cuestión de gran importancia teórica, especialmente para unos estudios latinoamericanos que se propongan asumir más o menos integralmente sus heterogéneos y a veces contradictorios legados. América Latina: periferia. América Latina: ¿civilización? América Latina: ¿civilización periférica? ¿Qué podría significar/implicar cada una de estas fórmulas? Mu-

* Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas con sede en el Laboratorio de Investigaciones en Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de San Martín, Provincia de Buenos Aires, Argentina; e-mail: <akozel@unsam.edu.ar>.

Este trabajo fue realizado en el marco del Seminario “América Latina y el enfoque civilizacional”, proyecto de investigación PAPIIT IN403820.

¹ Fernand Braudel es uno de los principales historiadores del siglo XX, por ello es natural que la bibliografía sobre su figura y obra sea profusa. Me apoyo, sobre todo, en Immanuel Wallerstein, “Fernand Braudel, historiador, *homme de la conjoncture*” (1982), María Teresa Varela de Agazzi, trad., en Nora Pagano y Pablo Buchbinder, comps., *La historiografía francesa contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, 1993, pp. 131-151. También en Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel: biografía intelectual y diplomacia de las ideas* (1995), Justo Serna, trad., Universitat de València/Universidad de Granada, 2005. Acerca de Braudel y el concepto de *civilización*, Juan Ramón Goberna Falque, “Fernand Braudel, la civilización y la larga duración”, *Cuadernos de Estudios Gallegos* (Santiago de Compostela), tomo L, fascículo 116 (2003), pp. 214-255. Sobre las conexiones entre Braudel y América Latina son de consulta imprescindible los aportes de Carlos Antonio Aguirre Rojas, a varios de los cuales haré referencia en lo que sigue.

chos de quienes pensamos que la integración de América Latina es una condición necesaria para avanzar hacia escenarios más deseables nos sentimos atraídos por formulaciones que, como la de Braudel, tematizan y problematizan su estatuto civilizacional.²

Mi hipótesis de lectura, por supuesto que provisional, sugiere que el momento culminante de la reflexión civilizacional braudeliana se ubica, aproximadamente, en los años que van entre 1959 y 1963. En 1959, Braudel publicó “L’apport de l’histoire des civilisations”, balance y puesta a punto de ese “inmenso” (y eventualmente indefinible) “sector de nuestro oficio”.³ En 1963 está fechado el “Prólogo a la segunda edición” (corregida y aumentada) de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*; tal como indicó el propio Braudel, la elaboración de la cuestión de las civilizaciones se cuenta entre las principales novedades de la reedición.⁴ También en 1963 vio la luz el volumen a tres plumas titulado *Le monde actuel*, cuya segunda parte, “Las grandes civilizaciones del mundo actual”, fue elaborada por Braudel.⁵ De manera que la culminación de la reflexión civilizacional braudeliana habría cristalizado en el antecitado tríptico textual. Decir esto no equivale a sostener que no haya habido precedencias ni derivaciones: las hubo y son dignas de mención; procuraré dar cuenta de algunas de ellas en el apartado cuarto. Pero decirlo así

² Véanse, entre otros materiales, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “América Latina hoy: una visión desde la larga duración”, *Theomai. Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo* (Buenos Aires, Red de Estudios sobre Sociedad, Naturaleza y Desarrollo), núm. 6 (segundo semestre de 2002); y Andrés Kozel, “América Latina y el enfoque civilizacional: notas sobre una cuestión abierta”, *Mapocho. Revista de Humanidades* (Santiago de Chile), núm. 86 (2019), pp. 104-121.

³ Fernand Braudel, “Aportación de la historia de las civilizaciones” (1959), en *id.*, *La historia y las ciencias sociales*, Josefina Gómez Mendoza, trad., Madrid, Alianza, 1999, pp. 130-200.

⁴ Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1966), trad. de Mario Monteforte Toledo, Wenceslao Roces y Vicente Simón, México, FCE, 2002 (Col. *Historia*), 2 tomos. De gestación larga, *El Mediterráneo* fue mayormente escrito en situación de cautiverio, durante los años de la Segunda Guerra Mundial, defendido como tesis en 1948 y publicado en 1949. En el “Prólogo a la segunda edición francesa” leemos: “Me he visto obligado, esta vez, a acentuar perspectivas que apenas había esbozado en el primer texto. La economía, las ciencias políticas, una determinada concepción de las civilizaciones, y un estudio demográfico más atento son los puntos que más me han solicitado”, en *ibid.*, tomo 1, p. 23. Las cursivas son mías.

⁵ Suzanne Baille, Fernand Braudel y Robert Philippe, *Le monde actuel: histoire et civilisations*, París, Librairie Classique Eugène Belin, 1963.

da razón de los criterios seguidos para delimitar y jerarquizar el corpus y, consecuentemente, para organizar la exposición.

2. América Latina entre las civilizaciones actuales

ME interesa iniciar el recorrido focalizando la atención en “Las grandes civilizaciones del mundo actual”. Se trata de un texto con una historia peculiar. Un comentario de René-Éric Dagorn nos ayuda a esclarecer tanto su estatuto original como sus peripecias.⁶ Según adelanté, “Las grandes civilizaciones” no vio la luz como volumen autónomo, sino como “Libro segundo” —la parte central— del manual titulado *Le monde actuel: histoire et civilisations*, aparecido en 1963.⁷ Ese “Libro segundo” se presenta, a su vez, dividido en tres partes: “Gramática de las civilizaciones”, “Las civilizaciones no-europeas” y “Las civilizaciones europeas”. En 1987, dos años después de la muerte de Braudel, la editorial Arthaud publicaría como volumen autónomo ese mismo “Libro segundo”, bajo el título de *Grammaire des civilisations*; así, el título de la primera parte pasó a nombrar al conjunto. Cabe agregar que aquella segunda parte de 1963 se publicó en castellano, por Tecnos, en 1966, y fue reimpresa al menos en siete ocasiones, siempre bajo el título *Las civilizaciones actuales: estudio de historia económica y social*.⁸ De manera que *Las civilizaciones actuales* es el “Libro segundo” de *Le monde actuel*, cuya primera de tres partes había sido la “Gramática” y es, también, la *Grammaire des civilisations* de 1987. Dagorn nos recuerda que una lectura justa de la obra debe comenzar atendiendo al involucramiento de Braudel en los proyectos de reforma educativa de los años cincuenta y sesenta y, en particular, al lugar de la historia en la educación francesa de la época de la posguerra, el *baby boom* etc. En lo que sigue iremos completando esta primera referencia contextual.

Muchas y distintas son, por supuesto, las lecturas que pueden hacerse hoy de *Las civilizaciones actuales*. Pero si de algo estoy

⁶ René-Éric Dagorn, “Fernand Braudel et la *Grammaire des civilisations* (1963)”, *EspacesTemps.net*, critical book reviews, 2003, en DE: <<https://www.espacestemps.net/en/articles/fernand-braudel-et-la-grammaire-des-civilisations-1963-en/>>.

⁷ Baille, Braudel y Philippe, *Le monde actuel* [n. 5].

⁸ Fernand Braudel, *Las civilizaciones actuales: estudio de historia económica y social* (1966), Josefina Gómez Mendoza y Gonzalo Anes, trads., Madrid, Tecnos, 1983.

seguro es que de ninguna manera cabe minusvalorarla por ser un “manual escolar”. Lejos de ello, constituye un extenso tratado de 500 páginas, en las cuales está, activo y pleno, *todo* Braudel, toda su extraordinaria inteligencia, en un momento clave de su itinerario intelectual. Por lo demás, y según tendremos ocasión de comprobar, el tratado dialoga, de varias maneras, con las obras más recordadas de Braudel.

La “Gramática” examina las variaciones del vocabulario y avanza en ofrecer una definición, ubicando al concepto *civilización* en relación con las diferentes ciencias del hombre. No diré nada demasiado novedoso al apuntar que en el ensayo de 1959 (“Aportación de la historia de las civilizaciones”) estaban mayormente prefigurados los contenidos de esta primera parte del tratado de 1963. Desentrañar eventuales matices entre ambos aportes puede ser de interés, pero rebasa nuestros propósitos aquí; creo no desvirtuar mayormente la dinámica al destacar los fuertes hilos que los enlazan. En el ensayo de 1959 Braudel ya hablaba de que la historia de las civilizaciones se encontraba en una encrucijada, al igual que la historia a secas, puesto que necesitaba asimilar todos los descubrimientos que venían realizando las (demás) ciencias sociales.⁹ El texto de 1959 ya contenía un “ajuste de cuentas” con un racimo de autores clásicos (François Guizot, Jacob Burckhardt, Oswald Spengler, Arnold Toynbee, Alfred Weber); una propuesta de definición que aproximaba, con toda claridad, *civilización* a cultura y, más precisamente, a “área cultural” (decir *civilización* es decir “coherencia cultural” y “permanencia en el tiempo”; es mentar, también, fronteras, préstamos, repulsas);¹⁰ un pasaje de muy alta significación sobre “el lugar de Francia” en esta historia;¹¹

⁹ Al introducir el tema del necesario diálogo entre la historia y las ciencias humanas, Braudel hablaba de reconocerle a *lo cultural* “toda su extensión”: “Es, en efecto, utópico pretender, a la manera alemana, aislar a la *cultura* de su base, que estaría constituida por la *civilización* [...] Las civilizaciones tienen los pies en el suelo [...] ;Qué tremenda puerilidad el desdén manifestado hacia Marx en todo este descarrío idealista a que la mayoría de las veces se reduce el estudio de las civilizaciones!”, Braudel, “Aportación de la historia de las civilizaciones” [n. 3], pp. 179-180.

¹⁰ *Ibid.*, pp. 174-176.

¹¹ Tras aludir al tema de las “relaciones culturales” —diríamos intercivilizacionales—, señalaba Braudel: “Francia constituyó, en el pasado, ese lenguaje aceptable, que todavía hoy continúa siéndolo. Ha sido el ‘helenismo moderno’ (Jacques Berque) del mundo musulmán. Ha sido la educadora de toda América Latina —esa otra América, ella también tan atractiva. En África, por mucho que se diga, ha sido y continúa siendo

consideraciones sobre la dialéctica civilización en singular/civilizaciones en plural, así como puntualizaciones sobre el papel del “nuevo humanismo”.

En la “Gramática” Braudel comienza por poner de relieve tanto la novedad relativa de la noción (siglo XVIII) y su polisemia, para luego formular una serie de consideraciones sobre su historia, donde destaca su pluralización a partir de 1819 (cuando comienza a percibirse que hay, no una única civilización, sino civilizaciones distintas entre sí), la coexistencia de la acepción en singular y de la otra pluralizada, los vínculos y solapamientos con la noción de cultura. Seguidamente revisa las definiciones del concepto predominantes en las demás ciencias del hombre: geografía, antropología, sociología, economía y psicología colectiva. Las civilizaciones —plantea Braudel— son “espacios”, son “áreas culturales”, son “sociedades”, son “economías”, son “mentalidades colectivas”. Desde el punto de vista de la disciplina histórica, son *continuidades*: una civilización es siempre un pasado, aunque no “todo” él, sino aquel que de alguna manera *sigue vivo*. La historia de una civilización no es sino el intento de entresacar de sus coordenadas antiguas las que siguen siendo válidas en la actualidad.¹² Como los rasgos de una civilización son mayormente inconscientes —prosigue—, para captar sus estructuras conviene, metodológicamente, alejarse (al menos mentalmente) de la civilización en la cual uno está inmerso. El rasgo predominante de una civilización es la religión, sobre todo en lo que respecta a los ámbitos no europeos.¹³ Otros

una antorcha eficaz. En Europa, la única iluminación común: un viaje a Polonia o a Rumania lo prueba de sobra; un viaje a Moscú o a Leningrado lo prueba con razón. Todavía podemos ser una necesidad del mundo si el mundo acepta el vivir sin destruirse y el comprenderse sin irritarse. A muy largo plazo este porvenir continúa siendo nuestra oportunidad, casi nuestra razón de ser”, *ibid.*, pp. 189-190.

¹² Braudel recuerda un agudo comentario de T.S. Eliot: “Si la única forma de tradición, la única transmisión posible, consistiera en seguir los procedimientos de la generación que ha sido nuestra inmediata predecesora, la ‘tradición’ debería ser, sin ninguna duda, desaconsejada. Pero la tradición significa mucho más que esto. No se obtiene por herencia, y hace falta mucho esfuerzo para conseguirla. Supone, en primer lugar, el sentido histórico, y el sentido histórico implica la percepción no sólo del carácter pasado del pasado, sino de su carácter presente”, citado por Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8], pp. 43-44.

¹³ Para Braudel, en Occidente, más que de una *ruptura* entre lo religioso y lo cultural, eventualmente operada por el racionalismo, habría que hablar de una coexistencia entre laicismo, ciencia y religión, de una serie de diálogos, dramáticos o esperanzados. El cristianismo se afirma como una realidad esencial de la vida occidental. Así y todo, la tendencia de la civilización occidental es la de un continuo movimiento hacia el ra-

rasgos importantes aluden al inmovilismo campesino, a la actitud ante la muerte, al lugar de la mujer. Por lo general, una civilización se resiste a la incorporación de una aportación cultural que ponga en tela de juicio alguna de sus estructuras profundas; con Marcel Mauss, Braudel piensa que cada civilización tiene sus “repulsas” distintivas. Más aún, la detección de alguna de esas hostilidades “funcionando” puede permitirle al estudioso acceder al “corazón” de una civilización. Pero —sostiene— todas las civilizaciones se transforman; al seleccionar lo que incorporan y lo que no, van separándose de su propio pasado. Tras mencionar estudios de Alberto Tenenti, Robert Mauzi y Michel Foucault, anota: “[La historia de una civilización] es la decantación, a lo largo de los siglos, de una personalidad colectiva, encajada, como toda personalidad individual, entre un destino consciente y claro y un destino oscuro e inconsciente, que sirve de base y de motivación al primero, aunque no siempre se da a conocer”.¹⁴

Aunque las civilizaciones pueden relacionarse entre sí en forma libre y pacífica, lo cierto es que sus relaciones han sido por lo general violentas, trágicas, inútiles. El colonialismo —define Braudel— es la sumisión de una civilización a otra; no obstante, esa sumisión suele ser provisional. El concepto de civilización remite a algo más persistente que los conceptos de (una determinada) economía o (una determinada) sociedad. La civilización solamente puede ser “alcanzada” (en el sentido de *captada* o *comprendida*) en el tiempo largo, en la duración larga, por una suerte de “telehistoria”, entre cuyos riesgos se encuentran las explicaciones simplistas, las “generalizaciones fáciles” de la filosofía de la historia. Hay, por lo demás, civilizaciones de distinto tamaño: grandes, medianas, pequeñas:

La llamada civilización “occidental” está constituida tanto por la civilización de los Estados Unidos como por la de América Latina y también por la de Rusia, y, claro está, por la de Europa. Europa misma comprende una serie de civilizaciones, la polaca, la alemana, la italiana, la inglesa, la francesa, etc. Sin contar con que estas civilizaciones nacionales se dividen a su vez en “civilizaciones” todavía más pequeñas: Escocia, Irlanda, Cataluña, Sicilia,

cionalismo, de ahí su originalidad; casi todas las demás civilizaciones están sumergidas en lo religioso, lo sobrenatural, lo mágico; cf. Braudel, “Aportación de la historia de las civilizaciones” [n. 3], p. 169.

¹⁴ Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8], p. 39.

País Vasco, etc. No hay que olvidar que estas divisiones, estos mosaicos de piezas de diferente color, son prácticamente *rasgos permanentes*.¹⁵

Antes de recordar su inventario de las civilizaciones actuales y de revisar sus consideraciones sobre América Latina, importa consignar que, en una nota preliminar, Braudel aclara que iniciará examinando las civilizaciones no europeas con la finalidad explícita de “distanciarse, en cierta manera, de Europa” para propiciar la comprensión de que Europa “ya no es el centro del Universo, si es que alguna vez lo ha sido”. Y agrega: “Europa y lo que no es Europa; sin embargo, todavía radica en esta distinción la gran oposición de toda explicación seria del mundo”.¹⁶ Se trata de premisas rotundas, enraizadas en un contexto específico, y que poseen importantes implicaciones. Como recordó recientemente Gastón [José Emilio] Burucúa, el concepto de *civilización*, que había aparecido en el siglo XVIII, se asoció en el tramo final del siglo XIX con la expansión imperialista europea en África y Asia; sin embargo, tras la Segunda Guerra Mundial y abierto el proceso descolonizador en Asia y África, comenzó a ser sometido a nuevas presiones y exigencias.¹⁷ El tratado de Braudel es uno de los espacios textuales donde mejor cabe apreciar dicha dinámica. Su esmero por desmarcarse del eurocentrismo, así como la disposición relativista temperada a la que dio lugar, merece ser ponderado.

La obra inicia entonces, según anticipamos, con el examen de las civilizaciones actuales (1963) “no-europeas”: el Islam y el mundo musulmán; el África negra y el Extremo Oriente (dentro del cual se consideran: China, India, Indochina, Indonesia, Filipinas, Corea y Japón). Prosigue con el análisis de las civilizaciones europeas: Europa (“la vieja Europa”, con sus “civilizaciones finas y brillantes”), América Latina (con una referencia a las “verdaderas civilizaciones indias”, que “lograron sobrevivir”), Estados Uni-

¹⁵ *Ibid.*, p. 25n. Las cursivas son de Braudel.

¹⁶ *Ibid.*, p. 11.

¹⁷ Burucúa se refirió a estas cuestiones durante un curso virtual ofrecido entre agosto y septiembre de 2020 desde la Universidad Nacional de San Martín. No parece excesivo sostener que la forma en que Burucúa entiende el concepto de *civilización* es más tributaria de los planteamientos de Norbert Elias sobre la curialización de los guerreros que de las definiciones ofrecidas por Braudel en su “Gramática de las civilizaciones”. Sin embargo, seguir sus razonamientos hace pensar en vías posibles para intersectar éstas y otras perspectivas: la curialización es condición necesaria para la aparición de los ámbitos y los modos “de organización de lo superfluo”.

dos (incluyendo en la misma parte al “universo inglés”: Canadá, Sudáfrica, Australia y Nueva Zelanda) y Rusia (de Moscovia a la Unión Soviética, con una interrogación sobre la conveniencia de hablar de la “civilización soviética”).

La propuesta no es plenamente satisfactoria. No lo es, en primer lugar, a nivel formal. Al menos en la edición castellana, los números de los capítulos que se anuncian en la nota preliminar no coinciden exactamente con los del índice, y las separaciones no están bien indicadas en el cuerpo de la obra. No lo es, en segundo lugar, a nivel de la composición de los conjuntos y subconjuntos civilizacionales y de su respectiva jerarquización y proporcionalidad. Agrupar a China e India —espacios civilizacionales claramente distintos y de enorme peso específico— dentro de “Extremo Oriente” —categoría que nada significa en términos civilizacionales—, o tratar “el universo inglés” (que abarca Australia, Nueva Zelanda y “zonas de contacto” como Sudáfrica y Canadá) dentro de la parte dedicada a Estados Unidos, no parece haber sido la mejor solución. No tengo a la mano la edición francesa de 1963, pero da toda la impresión de que los problemas referidos son más que errores de traducción o de edición; parecen tener origen en vacilaciones del propio Braudel, quizá debidas a cierta premura en el proceso compositivo. Con todo, interesa retener las premisas y criterios básicos sobre los que Braudel cimentó su tentativa: fundamentalmente, la contraposición, ya señalada, entre civilizaciones no europeas y civilizaciones europeas, así como también la opción por tratar antes a las primeras y, al abordar las segundas, la decisión de considerar a América Latina antes que a Estados Unidos para evitar su “aplastamiento previo” por la “comparación inmediata”. Es claro que, a los ojos de Braudel, América “presenta dos grandes conjuntos culturales”: el Nuevo Mundo por excelencia o América por antonomasia (Estados Unidos y Canadá) y esta otra América, llamada Latina, “una y múltiple”, “dramática, desgarrada, en lucha consigo misma”.¹⁸

El capítulo dedicado a América Latina tiene tres secciones. En la primera, Braudel alude al “inmenso espacio”: la población humana “es escasa” y flota en un traje “desmesuradamente ancho”, la superabundancia de espacio “emborracha a los hombres”. Braudel propone un acceso predominantemente literario a esta cuestión y se

¹⁸ Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8], p. 371.

centra en las peripecias de la contraposición civilización/barbarie y en la creciente puesta en entredicho de sus términos por parte de una literatura directa, combativa, violenta (Mariano Azuela, Jorge Amado, Jorge Icaza).¹⁹

En la segunda parte, se refiere a la casi fraternidad de las razas, rasgo visto como distintivo, atractivo y admirable. En buena medida, Braudel asume aquí la argumentación de Gilberto Freyre (1900-1987), autor cuya obra conocía bien.²⁰ Al pasar, menciona a las “verdaderas civilizaciones indias”, vigentes en algunas zonas (¿cuáles serían las “no verdaderas”?, cabría preguntar). La lectura integral de la obra y su puesta en contexto permite percatarse de la importancia del contraste entre esta casi fraternidad latinoamericana y la dura realidad del *apartheid* en Sudáfrica (y, en un sentido distinto, aunque no menos contrastante, la problemática de la población negra estadounidense, “colonia interior” que no había conseguido aún —notaba Braudel— ni la verdadera igualdad ni la verdadera emancipación).

Por fin, en la tercera parte tematiza la cuestión económica en relación con unas sociedades que fueron colonias y luego pasaron a ser dependientes, caracterizadas por la coexistencia de sectores modernos y arcaicos, por la incoherencia y los desequilibrios, por fuertes fluctuaciones cíclicas, como ejemplificaba entonces a la perfección el caso argentino. La conclusión general del capítulo es que América Latina, habiendo sido por un tiempo más favorecida,

¹⁹ Las alusiones de Braudel a otros grandes espacios eventualmente análogos son incidentales, no sistemáticas. De la lectura del capítulo de *Las civilizaciones actuales* dedicado a Rusia, que es el último, se desprende, en todo caso, que Rusia experimentó a lo largo de su historia presiones muy distintas a las (latino)americanas: el vínculo con Bizancio, los invasores asiáticos, un “doble rostro” iluminado por la contradicción “modernidad frente a Europa”/“Edad Media retrógrada frente a sí misma”, la propia Revolución, que hasta pareció abrir la posibilidad de mentar una “civilización soviética”, aunque en continuidad con la antigua Moscovia. La espectacular industrialización de ese espacio, devenido en pocas décadas “contrapeso poderoso” de Estados Unidos, alimenta(ba) esperanzas en los países subdesarrollados.

²⁰ En un artículo que retomaremos en el apartado 4, Carlos Antonio Aguirre Rojas revisa los vínculos de Braudel con América Latina y, en particular, con Brasil, donde el historiador francés vivió algunos años (1935-1937 y buena parte de 1947). Aguirre Rojas recuerda que Braudel elaboró, paralelamente a otras notas o reseñas, un ensayo de veinte páginas sobre la obra de Gilberto Freyre, el cual apareció en la revista *Mélanges d'Histoire Sociale* en 1943, Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Fernand Braudel, a América Latina e o Brasil: um capítulo pouco conhecido de sua biografia intelectual”, *Estudos Ibero-Americanos* (Porto Alegre, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul), vol. xxvi, núm. 2 (diciembre de 2000), pp. 7-36.

acabó por ser superada y dejada atrás por esa otra América: la “América por excelencia”, la de “la vida futura”, la de “las grandes realizaciones”.²¹ Entonces (1963), el drama latinoamericano se deja condensar así: “al alcanzar a las masas de una población que se está urbanizando, la civilización sudamericana se abre obligatoriamente, en la actualidad, a una poderosa vida autóctona, que no puede aceptar la herencia europea sin someterla a muy importantes revisiones y transformaciones. América Latina está fabricando una civilización original, *su* civilización”.²²

Unas líneas tomadas de Josué de Castro (1908-1973) —el reconocido autor de *Geopolítica del hambre*— condensan el núcleo de la dimensión prospectiva de la formulación braudeliana: “Un brasileño, Josué de Castro, escribe con razón (1962): ‘Es indudable que Brasil (pero lo mismo se podría decir América Latina) tiene que realizar con éxito un inmenso salto adelante en su historia social. Pero tenemos que evitar que el salto vaya a dar al abismo, orientándolo de manera que nuestras fuerzas nos permitan alcanzar el otro lado del precipicio’”.²³

Estamos, pues, colocados ante un *presente-umbral* de apertura obligada a una “poderosa vida autóctona” y la necesidad de dar un “inmenso salto adelante” para evitar caer en el abismo. Se trata —podríamos agregar— de un *umbral de destino*, de articulación entre los destinos “consciente y claro” y “oscuro e inconsciente” en los que, según vimos, piensa Braudel cuando “trabaja” en clave

²¹ Braudel destaca varios elementos en su análisis de la civilización estadounidense: la centralidad de la “segunda etapa” de su conformación (la del *Far West* y del nuevo protestantismo simplificado, donde se fijaron los elementos fundamentales de lo que se conoce como *the American way of life*); ciertas palabras clave, como *oportunidad* y *competencia*; el hecho de que se trata de una civilización liberal a la vez que coaccionante; la pesadilla persistente del “problema negro” (“es necesario que América invente y adopte una solución feliz”, Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8], p. 420); la emergencia de una suerte de *neocapitalismo* signado por la interacción entre oligopolios, sindicatos y Estado (cuestión que es abordada con disposición matizada, pero crítica). Deplora Braudel el hecho de que la civilización estadounidense sea “más anglosajona” que “verdaderamente europea”. De ello derivaría una de las razones de la incomprensión mutua entre las dos Américas, “drama de la actualidad”, *ibid.*, p. 426. Pareciera que, en Braudel, lo “verdaderamente europeo” tendría que ver con la preservación de la dualidad mediterráneo/nórdica: se bordea aquí, de nuevo, la cuestión del “lugar de Francia”.

²² *Ibid.*, p. 391. Las cursivas son de Braudel.

²³ *Ibid.*, p. 390. Insistamos, en línea con lo indicado en la nota 20, sobre el “peso” de las referencias brasileñas (Jorge Amado, Gilberto Freyre, Josué de Castro). Como se desprende de los señalamientos de Aguirre Rojas, se trata de lecturas y relaciones intelectuales con efectos perdurables.

civilizacional. De manera que, a principios de los años sesenta, Braudel caracterizaba a América Latina como una civilización que “se está buscando”, que “se está definiendo”, que “se está fabricando a sí misma”, coaccionada “por penosas, aunque poderosas realidades”. La revolución era una posibilidad, allí estaba el caso cubano, al cual le dedicó importantes pasajes en la nota de actualización que consta en la edición castellana;²⁴ había obstáculos, el derrocamiento de João Goulart tornaba visibles una parte de ellos. Apertura obligada, salto necesario; una hoguera encendida, una línea divisoria: *presente-umbral de destino* (destino incierto, no necesariamente sombrío).

3. Las civilizaciones del mundo mediterráneo

UN capítulo de la segunda edición de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, edición corregida y aumentada, según indicamos, por el propio Braudel, está específicamente dedicado a las civilizaciones. Se trata del capítulo sexto de la parte segunda. La localización es expresiva de la ubicación de la cuestión civilizacional en la teoría de los tiempos braudelianos.

¿Qué encontramos en esas páginas? Mi propuesta de lectura destaca cuatro elementos, siendo el último el más relevante desde la perspectiva de pensar el estatuto civilizacional de América Latina en (uno de) sus espesores históricos.

En primer lugar, la idea, ya conocida por nosotros, según la cual hay civilizaciones de distinto tamaño. De acuerdo con Braudel, el mundo mediterráneo del siglo XVI es definido como un gran crisol, amplio y receptivo, como una zona de intersección, de mezcla abigarrada, de “muchos grupos de civilizaciones”. El “resultado” de los contactos ha sido no una masa homogénea —no podría mentarse una “raza mediterránea”—, sino un abigarramiento en el cual la disparidad de origen (civilizacional) de los elementos es hasta cierto punto reconocible, sobre todo cuando el observador se aleja de los “grandes centros”, que es donde tienen lugar las mezclas.

²⁴ Escribe Braudel: “La Revolución Cubana continúa siendo la hoguera encendida y la línea divisoria de los destinos de América Latina. De hecho, una serie de revoluciones latentes, esbozadas, posibles, con frecuencia mal organizadas, están trabajando sin cesar la masa del inmenso continente, como eco de aquella revolución”, *ibid.*, p. 393.

Esto no le impide a Braudel hacer referencia, en ciertos momentos, a la *civilización mediterránea*, entre cuyos rasgos definitorios se contaría, precisamente, el abigarramiento aludido.

En segundo lugar, la idea según la cual cabe distinguir en el ámbito mediterráneo, más allá del abigarramiento referido, algunas “grandes civilizaciones”. Por momentos, son tres: “Recordemos que las tres grandes civilizaciones mediterráneas —la latinidad, el Islam y el mundo griego— son, en realidad, grupos de civilizaciones, yuxtaposiciones de estructuras autónomas, más bien que unidas por un destino común”.²⁵ Por momentos, tienden a ser dos: cristiandad e Islam: “las dos grandes civilizaciones mediterráneas, hostiles y vecinas, no cesan de confraternizar, de acuerdo con las circunstancias y los contactos imprevistos”.²⁶ Reencontramos aquí el motivo que afirma que “lo más personal de las civilizaciones”, lo que “más resistencia ofrece” de entre todos los bienes, fuerzas y sistemas que las integran, son las religiones. Detectamos igualmente una mirada atenta a las porosidades, a los intercambios, a las diversas aventuras suscitadas por “necesidades” diversas, al hecho de que, en definitiva, las murallas intercivilizacionales no son nunca infranqueables.

En tercer lugar, la insistencia en la doble tensión fijeza/movimiento e impermeabilidad/permeabilidad. Considerar tres pasajes provistos de hermosas imágenes puede sernos de ayuda para captar de qué impulsos está hecha esa insistencia. El primero indica:

[Las civilizaciones son] algo así como las dunas, firmemente adheridas a los accidentes ocultos del suelo: sus arenas van y vienen, vuelven y se aglomeran a merced de los vientos; pero la duna permanece siempre en su sitio como suma inmóvil de innumerables movimientos [...] Movimiento e inmovilidad se complementan y explican uno al otro. No se corre riesgo alguno al abordar por uno u otro camino las civilizaciones del Mediterráneo.²⁷

El segundo consigna:

Ni por la fuerza brutal, consciente o no de sus actos; ni por la fuerza indolente que se abandona al azar y a la benevolencia de la historia; ni por la enseñanza más generosamente repartida y más vorazmente engullida, una

²⁵ Braudel, *El Mediterráneo* [n. 4], tomo 2, p. 160.

²⁶ *Ibid.*, p. 144.

²⁷ *Ibid.*, pp. 141-142.

civilización no llega nunca a hacer mella sensiblemente en los dominios de la otra. En lo tocante a lo esencial las suertes están siempre adjudicadas de antemano. Si África del Norte ha *traicionado* a Occidente, no ha sido en marzo de 1962, sino mucho antes, a mediados del siglo VIII; y es muy posible, incluso, que la traición se remonte a una fecha anterior al nacimiento de Cristo: la fundación de Cartago, ciudad del Oriente.²⁸

Y el tercero sostiene, contrapunteando con señalamientos de Spengler y Toynbee:

¿Qué conclusión debemos sacar? Una negativa, de eso no hay duda; no debemos repetir, con tantos otros, esa expresión tan manida que asegura que “las civilizaciones son mortales”. Pueden morir sus flores, sus creaciones momentáneas, las más complicadas, sus victorias económicas y sus pruebas sociales, a corto término. Pero los cimientos profundos permanecen. No son, es verdad, absolutamente indestructibles, pero sí mil veces más perdurables de lo que generalmente se cree. Han resistido a mil supuestas muertes. Sus masas se mantienen incólumes al paso monótono de los siglos.²⁹

Releer las consideraciones de Braudel sobre las civilizaciones supone atender a esta doble tensión, donde parece acabar imponiéndose la imagen de una permanencia con cambios, de una permanencia compleja, con permeabilidades limitadas. Lo esencial de las suertes está siempre adjudicado de antemano y, sin embargo, es preciso no antedatar procesos, no sustraer los armazones argumentales a los rigores de la verificación empírica.

En cuarto lugar, lo que cabría designar como la “tesis Braudel”, de gran interés e importancia para pensar la condición civilizacional de América Latina en su espesor histórico. Destaca Braudel que, en el siglo XVI, la catolicidad “se partió en dos”. La Reforma protestante es obra del Norte europeo (aunque “siempre había habido un Norte y un Mediterráneo”); su impulso se estrella contra las fronteras próximas al Mediterráneo; en el Sur prevalece la llamada Contrarreforma (que para Braudel debiera pensarse como “su” Reforma, la “Reforma del Sur”), la civilización barroca.³⁰ El rechazo del Sur al Norte es categórico:

²⁸ *Ibid.*

²⁹ *Ibid.*, p. 166.

³⁰ “Y, para colmo de comodidades, la palabra ‘Barroco’, lanzada a la circulación por Jacob Burckhardt, sirve para designar adecuadamente la civilización del Mediterráneo cristiano: dondequiera que encontremos el Barroco podremos reconocer la impronta cultural del Mar Interior”, *ibid.*, p. 233.

Tal vez a causa de un viejo politeísmo subyacente, la Cristiandad mediterránea permaneció fiel al culto a los santos, hasta en sus mismas supersticiones. No es ningún azar el que la devoción por los santos y por la virgen sintiese recrudescido su fervor en el momento mismo en que se la atacaba con más fuerza. Es pura vanidad empeñarse en ver en ello alguna maniobra de Roma o de los jesuitas.³¹

El Mediterráneo, universo poderoso y brillante, es todavía el centro del mundo en el siglo XVI; sin embargo, pronto será sustituido por el Norte europeo. Y la latinidad fue a ese Norte lo que Grecia a Roma. En mi opinión, reflexionar a fondo sobre la analogía Roma-Grecia/Norte-Sur es crucial para acceder a la supuesta “clave oculta” que subyace a la interpretación braudeliiana de la historia del mundo y de su propio tiempo —en particular, del tiempo del que nos ocupamos ahora, es decir, de los años de la segunda posguerra.³² Recuérdese el pasaje sobre el “lugar de Francia” al que aludimos más arriba (véanse las notas 11 y 21). Braudel indica que esa cultura latino-barroca —que pronto perdería centralidad como consecuencia de los avances del Norte reformado— cruzó el Atlántico, para comprender la vasta América hispano-portuguesa.

Es asimismo interesante e importante detenernos a analizar las observaciones vertidas por Braudel en una zona intersticial de *Las civilizaciones actuales*. Me refiero al ítem sexto de la sección

³¹ *Ibid.*, p. 156.

³² Para abordar este punto son muy importantes las consideraciones de Giuliana Gemelli, *Fernand Braudel* [n. 1], pp. 247-256. La autora recuerda una afirmación de John Armstrong sobre *El Mediterráneo* como “desafío latino”, en el sentido de un esfuerzo por “restablecer el papel de los países mediterráneos como elemento formativo de la civilización moderna”. Y escribe: “La conclusión que creo poder extraer es que el espejo americano refleja con total claridad la necesidad de una lectura política de *El Mediterráneo*. El ‘desafío latino’ de Braudel consiste esencialmente en dar una versión que invierte el universalismo atlántico difundido por la cultura liberal americana de los años cincuenta y sesenta”, *ibid.*, p. 249. Y enseguida: “En las últimas páginas de su trilogía [*Civilización material, economía y capitalismo*], Braudel escribió que el final secreto de la historia, su motivación profunda ‘es la explicación de la contemporaneidad’. Sin embargo, él fue siempre muy reticente a darnos explícitamente la clave de esta lectura. Como destacó recientemente Wallerstein, es el lector quien debe descubrir las implicaciones de su visión del mundo, lo que hace más libre el juego de las interpretaciones, pero acentúa el valor puramente coyuntural, al menos si lo relacionamos con las intenciones del autor”, *ibid.*, p. 250. Desde este prisma, la posición de Braudel durante la segunda posguerra sería parte de la respuesta del humanismo europeo al materialismo americano, en la que se perfila una “tercera fuerza” frente al peso de las dos superpotencias. En una medida importante, esta interpretación había sido adelantada por Wallerstein, “Fernand Braudel” [n. 1], p. 143.

“Notas y documentos” del último capítulo dedicado a Europa “propriadamente dicha”. Ese ítem se titula “Grecia después de Grecia, Roma después de Roma”. Braudel justifica tratar el tema de los orígenes greco-romanos en ese sitio aduciendo que era preferible hacerlo *a posteriori*, es decir, una vez que los “cuadros” habían sido trazados. Aborda la cuestión en tres párrafos. En el primero, adhiere la tesis de la *continuidad de civilización* —continuidad doble o triple, que involucra al Cercano Oriente, a Grecia, a Roma y al Occidente romanizado y al medieval: “el *limes* Rhin-Danubio es una de esas llagas viejas y mal cicatrizadas que, en cierta manera, ha permanecido viva”.³³ En este sentido, no estaría mal hablar de *civilización (greco)-latina*. En el segundo párrafo, donde toca temas emparentados a los que veníamos comentando, se pregunta si no conviene decir “el Mediterráneo” en vez de Grecia y Roma, para responderse que, aun si ello es posible, no resuelve mágicamente los problemas, puesto que el *mar interior* ha sido ruta y ámbito de interrelación de mundos civilizados extremadamente dispares (algunos marítimos, otros continentales, otros mixtos), a los que cabe agrupar primordialmente en “dos grandes familias”: Oriente y Occidente —recuerda Braudel que la historia cultural, al igual que la historia política, obedece con frecuencia a la *ley de la bipolaridad* de la que habla Raymond Aron; del mismo modo, recuerda, con François Perroux, que siempre ha habido civilizaciones dominantes (polos de desarrollo) y civilizaciones dominadas. En el tercero, plantea que, en el siglo v, el mundo antiguo se fraccionó en un Imperio de Oriente y un muy frágil Imperio de Occidente, éste llamado a desaparecer, aquél, a mantenerse unido durante varios siglos. Ambas “mitades” soportaron el choque del Islam en los siglos VII y VIII. En el Oeste triunfó la influencia latina; en el Este, la influencia griega, bizantina y ortodoxa. Esa fractura —sostiene Braudel— realizada en el siglo IX y consolidada después, supuso una de las grandes rupturas internas de Europa. De esto Braudel deriva la necesidad de “no olvidar a Bizancio” y de apreciar las reapariciones de Grecia y Roma en el Oeste. La ruptura del siglo XVI es equivalente en importancia a la del siglo IX.

Para los latinoamericanistas es difícil no recordar aquí la célebre tesis de Edmundo O’Gorman, construida en contrapunto polémico

³³ Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8], pp. 364-370.

con la propuesta de Herbert E. Bolton sobre la épica de la Gran América, y dada a conocer en torno a 1940: no hay ni podría haber una “historia común” de las Américas; hay dos Américas porque hay dos historias; hay dos Américas porque hay dos Europas...³⁴ También es difícil no recordar la contraposición entre las corrientes ideológico-culturales latinoamericanista y panamericanista, tan bien trabajada por Arturo Ardao en su clásico ensayo.³⁵

Igualmente, resulta difícil dejar de pensar que esta vasta América hispano-portuguesa no es meramente una prolongación de la civilización barroca mediterránea o latina, sino que ostenta además otros espesores civilizacionales. Sabemos que Braudel veía esto: habló de la casi-fraternidad de las razas, de la vigencia de las civilizaciones indígenas. De ahí la pertinencia de hablar, desde esta perspectiva, sobre una civilización barroca-mestiza, otorgando al término *mestizo* su justo significado, que debiera ser no negador sino vehiculizador y catalizador de una mirada sensible a esos otros espesores, tal como lo ha sostenido, por ejemplo, Miguel León-Portilla.³⁶ Pero también la pertinencia de hablar, a la misma vez, de una civilización de origen europeo que se sobrepuso a otra/s previa/s, que pudieron seguir vivas, pero *negadas*, según lo indicó en su momento, con rotundidad, Guillermo Bonfil Batalla.³⁷ Es claro que líneas de argumentación como la de Bonfil Batalla ponen en cuestión el motivo de la casi-fraternidad de las razas tematizado por Braudel: las cosas —diría Bonfil— no han sido tan así; debemos revisar el camino andado y reformular el proyecto de un México (de una América Latina) plural, con mayor protagonismo de la civilización mesoamericana (de sus civilizaciones no europeas).

Todo lo que acabamos de recordar sobre los modos en que Braudel caracteriza la civilización mediterránea debiera sernos de utilidad para encarar estas difíciles cuestiones con una sensibilidad

³⁴ Véase Andrés Kozel, “Hay dos Américas porque hay dos historias: sobre las tesis de Edmundo O’Gorman”, en Horacio Crespo, Andrés Kozel y Alexander Betancourt, coords., *¿Tienen las Américas una historia común? Herbert E. Bolton, las fronteras y la “Gran América”*, Cuernavaca, UAEM, 2018, pp. 247-269.

³⁵ Arturo Ardao, “Panamericanismo y latinoamericanismo”, en Leopoldo Zea, coord., *América Latina en sus ideas*, México, Siglo XXI/UNESCO, 1986, pp. 157-171.

³⁶ Miguel León-Portilla, “Iberoamérica mestiza, un proceso de resonancias universales”, en *id.*, *Obras selectas*, México, UNAM/El Colegio Nacional, 2006, tomo III, pp. 51-59.

³⁷ Guillermo Bonfil Batalla, *México profundo: una civilización negada* (1987), México, Conaculta, 2001.

apropiada: pienso, por ejemplo, en la idea según la cual puede haber zonas *crisol* (como el Mediterráneo y ¿...como América Latina?) donde coexisten distintas civilizaciones y cada una de las cuales es, a la vez, abigarrada; pienso, también, en la indicación referida a los centros más acrisolados y a las periferias con notas más características o acentuadas, todo en un continuo proceso de cambios y permeabilidades; pienso, asimismo, en la equivalencia postulada, para analizar un largo periodo, entre las nociones de Mediterráneo cristiano y barroco (equivalencia que no sólo nos conecta con los debates sobre si América es una, dos o más, sino también con las elaboraciones de un Bolívar Echeverría acerca del ethos barroco);³⁸ pienso, finalmente, en la imagen de lo incólume, en esa cuasi inmortalidad hecha sin embargo de dunas de arena. Disponerse a (re)abordar el estatuto civilizacional de América Latina desde este abanico de imágenes e insinuaciones es una empresa tan fascinante como compleja; no me es posible ahora ir más allá de estas insinuaciones rápidas. Retomemos el hilo del análisis, para señalar algunas precedencias y derivaciones de las formulaciones de 1959-1963.

4. Precedencias y derivaciones

PRECEDENCIAS: ante todo, es preciso tener presente que Braudel produjo su obra en un medio intelectual y cultural donde había una considerable densidad de reflexiones en torno a la palabra *civilización*,³⁹ así como también de desarrollos sobre la cuestión civilizacional. Conviene no olvidar un par de datos simples pero cruciales. Por un lado, el hecho de que en Francia existía una rama o sector relativamente firme de la disciplina histórica designado como “Historia de las civilizaciones”; tanto Lucien Febvre como

³⁸ Bolívar Echeverría, *La modernidad de lo barroco*, México, Era, 1998.

³⁹ Starobinski recuerda que la palabra *civilización* apareció por primera vez en 1756, en *L'ami des hommes* o *Traité de la population* del marqués de Mirabeau para destacar la condición seminal y caleidoscópicamente multívoca de aquella formulación, que parece encerrar prácticamente todos los ulteriores matices y tensiones del término, Jean Starobinski, “La palabra *civilización*”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual* (Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes), núm. 3 (1999), pp. 9-36; véase también, Juan Ramón Goberna Falque, *Civilización: historia de una idea*, Santiago de Compostela, Servicio da Publicacións e Intercambio Científico, 1999 (*Monografías da Universidade Santiago de Compostela*, núm. 202).

el propio Braudel desarrollaron su labor en ese marco; en 1949 Braudel pasó a ocupar la cátedra así denominada en el Collège de France, hasta entonces detentada por Febvre; antes, durante sus dos estancias en Brasil, había enseñado “História das Civilizações” e “História da Civilização Moderna e Contemporânea”.⁴⁰ Por otro lado, debemos tener presente el hecho de que la revista *Annales*, que a lo largo de su historia tuvo varios nombres, durante medio siglo enarboló la palabra *civilizaciones* en su frontis: en efecto, entre 1946 y 1994, es decir, las etapas en que fue conducida por Febvre y Braudel —y aún más allá—, el nombre de la publicación fue *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*. Es interesante recordar las incursiones civilizacionales de Febvre. Por ejemplo, sus conferencias de principios de los años cuarenta, ulteriormente reunidas bajo el título *Europe, g n se d’une civilisation*, o su anterior participación, en 1929, en un encuentro organizado por el Centre International de Synthèse dirigido por Henri Berr, con la exposición “*Civilisation.  volution d’un mot et d’un groupe d’idées*”,⁴¹ sin olvidar el nítido y quizá algo sobreactuado deslinde que trazara entre la propuesta de *Annales* y las “dos filosofías oportunistas de la historia” de sus contemporáneos Oswald Spengler y Arnold Toynbee, cultores de otras modulaciones del concepto.⁴² También es importante notar que otros historiadores francófonos muy reconocidos y más cercanos a nosotros en el tiempo titularon importantes obras acudiendo a la palabra *civilización*.⁴³

Continuando con las precedencias, y teniendo en mente lo indicado por el propio Braudel en relación con la conveniencia de alejarse (aunque sea “mentalmente”) de una civilización para poder captar lo más característico de ella, resulta clave poner de

⁴⁰ Cf. Aguirre Rojas, “Fernand Braudel” [n. 20].

⁴¹ Recogido por Lucien Febvre, Marcel Mauss, Émile Tonnelat, Alfredo Niceforo y Louis Weber, eds., *Civilisation: le mot et l’id e*, Paris, Centre International de Synthèse, 1930.

⁴² Lucien Febvre, “Dos filosofías oportunistas de la historia, Spengler y Toynbee” (1934), en *id.*, *Combates por la historia* (1952), Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullol, trads., Buenos Aires/Barcelona, Planeta/Ariel, 2017.

⁴³ Por ejemplo, Georges Duby y Robert Mandrou, *Histoire de la civilisation française*, Paris, Armand Colin, 1958, 2 vols.; Pierre Chaunu, *La civilisation de l’Europe des Lumières*, Paris, Arthaud, 1971; del mismo autor, “Démographie historique et système de civilisation”, *Mélanges de l’ cole Française de Rome. Moyen- ge, Temps modernes*, tomo 86, núm. 2 (1974), pp. 301-321; y Jacques Le Goff, *La civilisation de l’Occident M di val*, Paris, Arthaud, 1964, en el marco de la Colección *Les Grandes Civilisations*.

relieve sus experiencias de extrañamiento, ambas previas a su consolidación como figura autorial. Braudel vivió dos experiencias de ese tipo: una larga estancia en Argelia (entre 1922 y 1933, interrumpida por su servicio militar en el Ruhr en 1925-1926) y una doble estancia en Brasil (de 1935 a 1937 y en 1947), a las que podría agregarse el cautiverio en campos alemanes durante la Segunda Guerra. Varios autores han destacado la importancia de esas experiencias.⁴⁴ Giuliana Gemelli nota que, en Brasil, Braudel experimentó tanto el peso de un espacio desproporcionado y dilatado como de un tiempo estrecho, en el que coexisten varios siglos en un mismo presente en acelerada transformación.⁴⁵ También pudo observar al Mediterráneo desde las costas atlánticas (antes lo había hecho desde la orilla magrebí), y percibir hasta qué punto y de qué modos la civilización mediterránea se había difundido y arraigado en esas implantaciones distantes. Para Gemelli, al tener oportunidad de visualizar las “grandes zonas de influencia cultural”, Braudel pudo comenzar a percatarse de los desplazamientos que estaban teniendo lugar en las relaciones internacionales, en los equilibrios de poder en esa escala.⁴⁶

En un aporte que venimos citando, Carlos Antonio Aguirre Rojas ha procurado reconstruir los principales jalones de la relación entre Braudel y América Latina. Desde luego, en esa relación Brasil desempeñó un papel clave, aunque no exclusivo. Lo que le interesa destacar a Aguirre Rojas es que, en el lapso que va de 1935 y *circa* 1950 Braudel leyó, escribió y enseñó mucho sobre América Latina; es más, hasta pudo haber considerado, atendiendo a una recomendación de Febvre, la posibilidad de convertirse en

⁴⁴ Comenzando por el propio Braudel. En los aportes que venimos citando hay claras referencias en Gemelli, *Fernand Braudel* [n. 1] y en Aguirre Rojas, “Fernand Braudel” [n. 20]. En fecha más reciente se publicó la tesis doctoral de Luis Corrêa Lima, *Fernand Braudel e o Brasil: vivência e brasilianismo (1935-1945)*, São Paulo, EDUSPE, 2010.

⁴⁵ Gemelli, *Fernand Braudel* [n. 1], pp. 61ss.

⁴⁶ En una acotación de interés, Gemelli destaca que el modo braudeliano de “vivir el extrañamiento” difirió del de otros intelectuales de su generación, como Paul Nizan y Michel Leiries, quienes, siguiendo el ejemplo de André Gide, procuraron “desprenderse de los modelos culturales europeos” a partir del choque mental intelectual causado por el contacto con otras civilizaciones. Lejos de ello, en Braudel el extrañamiento tornó más intensa “la búsqueda de arraigo en el núcleo originario de su propia trayectoria intelectual”. Por eso, más que de una fuga, se trató de un camino de ida y vuelta, de una vuelta que implicó la propia transformación, *ibid.*, p. 62.

especialista en esta zona del mundo.⁴⁷ Dan testimonio de dicho interés algunas cristalizaciones textuales, varios proyectos en distinto estado de “(in)conclusión”, cursos impartidos y el protagonismo en la elaboración de un importante *dossier*. Entre los textos latinoamericanistas que Braudel produjo a lo largo de esa década y media, Aguirre Rojas menciona un bosquejo de “Historia de Brasil” (no concluido ni publicado); el ya referido ensayo sobre la obra de Freyre; el capítulo “La vida europea y sus proyecciones en América (1530-1700)”, a solicitud de José Luis Romero, para una proyectada *Historia de América* que no llegó a publicarse, así como una también proyectada y no concretada “Historia de la América hispano-portuguesa” para la colección *Historia general*, dirigida por Gustave Glotz. Entre 1946 y 1949 Braudel organizó el curso semestral “La América Latina contemporánea”, impartido en el Institut d’Études Politiques de París.

De esa misma etapa es el importante *dossier* sobre América Latina publicado en *Annales*, en cuya organización Braudel desempeñó un papel destacado al redactar varios comentarios y reseñas, entre ellos una crítica a *¿Existe América Latina?*, de Luis Alberto Sánchez.⁴⁸ Braudel caracteriza dicho libro como deslumbrante a la vez que peligroso. Peligroso, porque, al proponer (desear) Sánchez, prácticamente sin vacilaciones ni dudas, la existencia de una América Latina homogénea, perfila un ideal, un sueño que acaba por nublar la comprensión de las “frías”, y a veces “cruces”, realidades. Los deseos de Sánchez lo llevan a omitir, o a dejar en las sombras, muchos de los grandes problemas, sólo por juzgarlos “inapropiados” desde el punto de vista de su ensoñación; de ahí que reduzca a una pintura monocromática un panorama que es mucho más variado, complejo y dividido. Una “reducción” importante concierne a Brasil; a Braudel no le satisface el tratamiento

⁴⁷ Cf. Aguirre Rojas, “Fernand Braudel” [n. 20].

⁴⁸ Véase *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 3er año, núm. 4 (1948). Braudel escribió once contribuciones para el *dossier* (casi una cuarta parte del total); además, estuvo muy involucrado en su organización, como puede notarse al considerar la liminar a la sección de reseñas, o la nota que antecede a la carta sobre el Amazonas de Paul Le Coite (naturalista francés radicado en Brasil). Vale la pena señalar, de paso, que la primera de las reseñas, firmada no por Braudel sino por Pablo González Casanova, corresponde a la *Historia de la cultura en la América hispánica*, de Pedro Henríquez Ureña, significativamente referida como *Brève histoire de la civilisation en Amérique hispanique*.

dado por Sánchez a la América lusitana. Tampoco le satisface el dado a la cuestión geográfica, ni su modo de pensar la tradición. La respuesta de Braudel a la pregunta formulada desde el título del libro no sería un estentóreo, afirmativo y autocomplaciente: —¡Sí!, sino un conjuntivo y turbador: —¡Sí y no! Es del mayor interés la zona del comentario en la cual Braudel establece una analogía entre la problemática existencia de América Latina y la no menos problemática existencia de Europa, definida, también, como *unidad contradictoria*:

Plaider, c'est choisir, simplifier, écarter les objections, mutiler les faits. C'est raisonner comme nos observateurs e rêveurs de l'Europe d'hier, parlant, entre 1910 et 1939, de l'unité européenne. L'Europe es *une*, sans doute, mais pas seulement *une*: elle est écartelée, opposée à elle-même, aussi obstinée à se construire qu'à se détruire. A-t-on le droit d'être plus optimiste en ce qui concerne l'Amérique latine d'aujourd'hui ou de demain?⁴⁹

Podemos encontrar, más ampliamente desarrolladas, consideraciones afines a éstas en el capítulo XIX de *Las civilizaciones actuales*, titulado “Las unidades de Europa”. En una operación retórica “inversa” a la emprendida en relación con el libro de Sánchez, Braudel reconoce las heterogeneidades y los desgarramientos, pero advierte contra la acentuación excesiva de las particularidades nacionales y subnacionales.⁵⁰ No es excesivo sostener que, ya desde el *dossier* de 1948, sus ideas sobre América Latina preparan una formulación de este estilo: no es ilegítimo desear la unidad ni trabajar para

⁴⁹ Fernand Braudel, “Le livre de Luis Alberto Sánchez: y a-t-il une Amérique latine?”, *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations*, 3er año, núm. 4 (octubre-diciembre de 1948), pp. 467-471, p. 467.

⁵⁰ Escribe Braudel: “Cada Estado ha tendido siempre a formar un mundo cultural en sí, y la ‘psicología de los pueblos’ ha sido aficionada a analizar estas diversas civilizaciones limitadas. Claro está que los libros demasiado brillantes de un Élie Faure o de un conde de Keyserling sólo ofrecen, a este respecto, visiones erróneas. Digamos simplemente que han considerado desde demasiado cerca las piezas de un mosaico que, visto desde arriba, revela los claros dibujos de un conjunto. ¿Por qué habría de elegir, de una vez para siempre, entre el conjunto y el detalle? *Las dos verdades no se excluyen*”, Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8], p. 337. Las cursivas son mías. En ese capítulo, Braudel aborda las concordancias en el arte, en la filosofía, en la ciencia objetiva, en las ciencias específicas del hombre (como las de la filosofía, sus dinámicas se presentan como movimientos nacionales de rápida difusión), en la literatura (que en el caso europeo representa la unidad más imperfecta), para luego tratar la “sólida unidad” económica, organizada en torno a sucesivos “centros de gravedad”. Si la cultura y la economía son favorables a la unidad, la política, en cambio, se muestra reticente.

ella, pero deben reconocerse y asumirse las heterogeneidades, las complejidades, los desgarramientos; y admitir, a la vez, que la captación del conjunto —de los conjuntos civilizacionales— es pertinente y significativa en cierto nivel o escala de análisis. Si en 1948 escribía:

En vérité, l'Amérique latine n'est *une*, avec une netteté aveuglante, que vue du dehors. Quand Luis Alberto Sánchez retrouve son Amérique, avec ses odeurs et ses couleurs violentes à Panama, c'est qu'il vient des États-Unis. Car elle est *une* par contraste, par opposition, prise dans sa masse continentale, mais à condition d'opposer celle-ci aux autres continents, sans que cela l'empêche jamais, par ailleurs, d'être profondément divisée.⁵¹

En 1963, al pensar la unidad europea reclamaba que, siendo Europa un *ideal cultural a promover*, figuraba empero en el último lugar de las listas de programas a poner en práctica: “Europa no podrá realizar su unidad si no se apoya en estas viejas fuerzas que la han hecho”.⁵²

De acuerdo con Aguirre Rojas, el interés de Braudel por América Latina experimentó un redimensionamiento y una eventual “subsunción” después de su ingreso al Collège de France y, sobre todo, a partir de 1952-1953, momento en el cual se sumergió, también siguiendo una incitación de Febvre, en un nuevo proyecto de vasto alcance consagrado a “pasar en limpio” la historia económica de la Europa preindustrial.⁵³ El resultado final de ese proyecto serán los tres espléndidos tomos publicados por Armand Colin en 1979.⁵⁴ Hubo empero estaciones previas; por ejemplo: el capítulo

⁵¹ Braudel, “Le livre de Luis Alberto Sánchez” [n. 49], p. 471.

⁵² Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8], p. 355. Braudel cita un elocuente testimonio de Arthur Koestler sobre la homogeneidad/especificidad de la cultura europea —*por fin comprendida* tras el largo viaje de Koestler por Asia, *ibid.*, pp. 358-359.

⁵³ Cf. Carlos Antonio Aguirre Rojas, “Braudel en las Américas: ensayo de comparación de dos intercambios transculturales”, *Signos históricos* (México, UAM-I), vol. 1, núm. 3 (junio de 2000), pp. 49-80. De acuerdo con Aguirre Rojas, si la relación de Braudel con América Latina marcó su etapa formativa, al desempeñar un papel decisivo en la conformación de su visión histórica, su vínculo con Estados Unidos es posterior y de otro tipo.

⁵⁴ Fernand Braudel, *Civilización material, economía y capitalismo, siglos XV-XVIII* (1979), Madrid, Alianza, 1984, 3 tomos: I. *Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*; II. *Los juegos del intercambio*; y III. *El tiempo del mundo*. Cada tomo cuenta con más de cien grabados.

“European expansion and capitalism: 1450-1650” (1961);⁵⁵ los capítulos correspondientes de *Las civilizaciones actuales* (1963)⁵⁶ y el volumen titulado *Civilización material y capitalismo* (1ª ed. en francés de 1967). Aguirre Rojas indica que a lo largo de toda esa etapa Braudel fue intensificando sus relaciones con Estados Unidos, punto que es preciso poner en relación con la interpretación wallersteiniana de su itinerario, con la lectura de Giuliana Gemelli en la misma estela y con nuestras propias observaciones acerca del acmé civilizacional braudeliiano de 1959-1963 y del tratamiento de América Latina en dicha clave.

Mencionemos ahora algunas derivaciones. Fundamentalmente, el lugar de las civilizaciones en los tres tomos de 1979, cuya traducción castellana apareció en 1984 por Alianza. Hay dos zonas de esta obra que nos interesan. En primer lugar, el capítulo v del tomo II: “La sociedad o el ‘conjunto de los conjuntos’” (imagen que ya estaba presente en la “Gramática de las civilizaciones” de 1963). Dentro de ese capítulo, hay un párrafo denominado “Las civilizaciones no siempre dicen no”. El subtítulo es importante: condensa el sentido de ese párrafo y de los subsiguientes, desempeñando un papel importante en la tesis general. En segundo lugar, el capítulo v del tomo III: “El mundo a favor o en contra de Europa”. Dentro de este capítulo hay un párrafo —el primero— titulado “Las Américas o la apuesta de las apuestas”.

Consideremos los pasajes del tomo II. Lo primero que habría que señalar es que Braudel vuelve a ofrecer allí una definición de civilización integrada primordialmente por imágenes tan fascinantes como difíciles de asir. Escribe:

Las civilizaciones o las culturas —las dos palabras se confunden aquí sin perjuicio— son océanos de costumbres, de obligaciones, de aquiescencias, de consejos, de afirmaciones, realidades todas que, a cada uno de nosotros, nos parecen personales y espontáneas, cuando a menudo nos vienen de muy lejos. Son una herencia al igual que la lengua que hablamos. En una sociedad, cada vez que las grietas o los abismos tienden a abrirse, la omni-

⁵⁵ Publicado en inglés, en un volumen titulado *Chapters in Western Civilization*, Nueva York/Londres, Columbia University Press, 1961, pp. 245-287; Aguirre Rojas nota que el capítulo fue encontrado y publicado en francés por Paule Braudel sólo en 1997.

⁵⁶ Capítulos XVII “Cristianismo, humanismo y pensamiento científico” y, sobre todo, XVIII “La industrialización de Europa”, Braudel, *Las civilizaciones actuales* [n. 8].

presente cultura las colma, o al menos las disimula, acaba de aprisionarnos en nuestra tarea.⁵⁷

Estamos de nuevo ante un acento colocado en la permanencia. Una permanencia compleja y cambiante, pero permanencia al fin. De nuevo, *civilización* es casi sinónimo de *cultura*. La imagen de los océanos ha sustituido a la de las dunas. Ambas son extraordinariamente expresivas, y habilitan analogías: por su remisión a tiempos remotos, dilatados, casi más allá de la escala humana; por su evocación a un movimiento perpetuo sin alteraciones sustantivas —constantes cambios de forma de “un mismo” elemento o, mejor dicho, de “un mismo” *compuesto* de elementos. Quizá océano sugiera más adecuadamente la *profundidad*.

Lo segundo que quisiera destacar es la fuerza retórica del subtítulo: “Las civilizaciones no siempre dicen no”. Pese a la permanencia, a la resistencia (recordemos que la religión es el núcleo más resistente), Braudel estudia ahora un proceso por el cual una civilización es finalmente “ganada” por un impulso exterior, que, en principio, y por largo tiempo, había sido objeto de rechazo y repulsa. Se está refiriendo, por supuesto, al largo drama de la aceptación de la moneda, de la práctica financiera, del préstamo con interés. En el siglo xi, la civilización era hostil a todas esas “novedades escandalosas”: el mercado, el capital, el beneficio. Pero, a la larga, acabó por ceder. El despliegue de esta tesis lleva a Braudel a adentrarse en la polémica sobre el origen del capitalismo y, en particular, sobre la conexión entre Reforma protestante y capitalismo. Braudel discute en esas páginas con Max Weber, cuya interpretación de dicho proceso le resulta *demasiado* sofisticada y no exenta de cierta teleología. La explicación propuesta por Braudel busca ser más simple, más rotunda: la Reforma fue el fin de una colonización, la del Norte por la latinidad. En Braudel, la Florencia del siglo xiii era ya una ciudad capitalista, cualquiera sea el sentido que se le dé a la palabra... En Braudel, ninguna civilización es más inteligente ni más racional que otra/s. La superioridad se debe a múltiples factores, incluyendo el azar, la violencia. Las diferencias con la interpretación de Max Weber son visibles, aluden especialmente a la explicación sobre el origen del capitalismo, pero, también, a

⁵⁷ Braudel, *Civilización material*, II. *Los juegos del intercambio* [n. 54], p. 484.

la manera de entender las distancias o brechas entre las civilizaciones. Sin embargo, la posibilidad de “poner a dialogar” ambos enfoques, sobre todo en lo que respecta a las conexiones entre religiones universales y éticas económicas (o, más ampliamente, modos de vida), no está inhabilitada en principio. Por lo demás, ese “no siempre dicen no”, ¿hasta qué punto sería válido para pensar la relación que otros espacios civilizacionales han establecido con el capitalismo occidental? Como es sabido, Braudel trabaja en esta obra distinguiendo entre capitalismo y economía de mercado. A sus ojos, el capitalismo remite a los grandes monopolios, a los grandes negocios internacionales. La economía de mercado es otra cosa. Por mucho tiempo han coexistido; todavía coexisten hoy. ¿Cabe hablar de civilización capitalista? “Visto retrospectivamente, no se puede negar que el capitalismo occidental ha fabricado con el tiempo un nuevo arte de vivir, nuevas mentalidades a las que acompaña y de las que es acompañado. ¿Se trata de una nueva civilización? Esto sería mucho decir. Una civilización es una acumulación construida sobre un tiempo mucho más largo. Pero al fin, si hay cambio, ¿en qué fecha empieza?”.⁵⁸

Abordemos ahora los pasajes del tomo III. En el capítulo citado prácticamente no aparece la palabra *civilización*. Pero, claramente, Braudel se refiere allí a las áreas o espacios que no son estrictamente “Europa”: las mismas áreas o espacios que en la obra de 1963 habían integrado tanto la parte correspondiente a las “civilizaciones no-europeas” (el Islam, el África negra, Extremo Oriente), como las “otras Europas” (las Américas y Rusia). En este caso, a Braudel le interesan menos los rasgos característicos de esos espacios cuanto su condición de “economías-mundo” durante largos periodos y, sobre todo, sus vínculos con la expansión europea y con la constitución de una economía mundial; le interesa dar cuenta de las diferencias de riqueza relativa entre los orbes europeos y no europeos; pensar, en fin, la dominación europea sobre ese vasto mundo no europeo que ya no podrá comprenderse por fuera de la sombra proyectada por Europa.⁵⁹

⁵⁸ *Ibid.*, p. 504.

⁵⁹ Una de las principales “moralejas” de Braudel, *Civilización material*, III. *El tiempo del mundo* [n. 54], concierne precisamente a la necesidad de reconsiderar bajo una nueva perspectiva las posiciones respectivas de Europa (y de los otros países privilegiados: Estados Unidos, Japón) y del mundo, antes de 1800 y después de la Revolución

En cuanto al modo de tratar las Américas en este capítulo, interesa señalar que Braudel lo hace en primer término, buscando destacar dos cuestiones interrelacionadas: a fines del siglo XVIII, las Américas eran “la apuesta de las apuestas” y fue aquí, en las Américas, donde Europa se proyectó de manera más plena, aun si eso sucedió trabajosamente, en especial porque el espacio americano era/es enorme, inconmensurable, hostil, y sólo pudo ser capturado con lentitud y de manera parcial: “El hombre jamás ha echado raíces (lo que se llama echar raíces) en la inmensidad americana”.⁶⁰

En 1979, el contraste entre las dos Américas sigue vigente. Tras hacer referencia a las peripecias de Estados Unidos, explica:

Con la otra América, la ibérica, nos encontramos con otras realidades, con una historia diferente. No es que falten las analogías, pero lo que ocurre en el Norte no se reproduce, punto por punto, en el Sur. La Europa del Norte y la Europa del Sur reconstituyeron sus divergencias y sus oposiciones del otro lado del Atlántico. Además, hubo desfases importantes: así, las colonias inglesas se liberan en 1783, pero las colonias ibéricas no antes de 1822 y 1824, pero aun entonces la liberación del Sur resulta ser ficticia, pues a la antigua dominación [la] sustituye la tutela inglesa, que debía durar, en general, hasta 1940; después de lo cual la relevarán los Estados Unidos. En síntesis, en el Norte, vivacidad, fuerza, independencia, empuje personal; en el Sur, la inercia, las servidumbres, la mano pesada de las metrópolis, la serie de restricciones inherentes a la condición de cualquier “periferia”.⁶¹

Para pensar el caso latinoamericano “a la Braudel”, es clave, hasta donde alcanzo a ver, visualizar la independencia como *liberación incompleta, ficticia*. Braudel rechaza la distinción, trabajada en los “manuales de ayer”, entre “colonias de poblamiento” y “colonias de explotación”: las dos Américas fueron, en su momento, ambas cosas. La idea que le interesa destacar es la de la *marginación* en el marco de una economía-mundo. Esta marginación es nítida en el caso de la América hispano-portuguesa. Se trata de “[la] condena a servir a otros, a dejarse dictar su tarea por la imperiosa división

Industrial. Para el autor, el papel de la Revolución Industrial (vista como instrumento tanto de desarrollo como de dominación) es clave. En cierto pasaje, Braudel transforma un “aunque” en un “porque” al sostener que la coherencia y la eficacia de Europa quizá hayan sido “función” de su “pequeñez relativa”: así, superioridades casi imperceptibles se fueron tornando en dominación, con amplias consecuencias.

⁶⁰ *Ibid.*, p. 327.

⁶¹ *Ibid.*, p. 345.

internacional del trabajo. Es el papel que ha desarrollado el espacio iberoamericano (contrariamente al norteamericano), y eso tanto antes como después de su independencia política”.⁶² Braudel se pregunta si esta América hispano-portuguesa, después llamada Latina, estaba en condiciones de romper esos lazos de sujeción. Responde: “Sí y no. Más bien no”. En primer lugar, porque sus países, a diferencia de Estados Unidos, no eran potencias marítimas. En segundo lugar, y más fundamentalmente, porque los países de esta América vivieron bajo una doble dependencia: de las metrópolis ibéricas y de Europa (sobre todo de Inglaterra). Y la Europa de entonces —argumenta Braudel— no podía renunciar al oro y la plata americanos. Por eso —prosigue—, desde antes de las revoluciones de independencia “todo el mundo se precipita” sobre esta América. Braudel se pregunta si esa premura, esa avidez, se justificaban o si se trataba de un mero espejismo; tras ponderar argumentos sobre bases empíricas que reconoce resbaladizas, se inclina por pensar que hubo más razón que espejismo en el afán; en efecto, a fines del siglo XVIII, “la América hispánica (alrededor de 19 millones de habitantes) entregaría cada año a Europa cuatro o cinco veces más que la India (una centena de millones de habitantes). Sería el tesoro número uno del mundo, un tesoro que, por añadidura, tiende a hincharse en la imaginación popular hasta proporciones fabulosas”.⁶³

Y, cerrando esta argumentación: “América es una zona esencialmente periférica, con la única excepción (discutible todavía cuando termina el siglo XVIII) de Estados Unidos, constituidos en cuerpo político en 1787. Pero esta periferia es un mosaico de cien baldosas diferentes: modernismo, arcaísmo, primitivismo ¡y tantos mestizajes!”⁶⁴

En su libro introductorio a América Latina, publicado por primera vez en 1987 y que fuera muy leído en Francia y, también, en América Latina, el politólogo francés Alain Rouquié abría sus reflexiones con consideraciones en clave civilizacional, mencionando explícitamente a Febvre y a Braudel.⁶⁵ Rouquié se refiere

⁶² *Ibid.*, p. 346.

⁶³ *Ibid.*, p. 353.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 356.

⁶⁵ Alain Rouquié, *Extremo Occidente: introducción a América Latina* (1987), Daniel Zadunaisky, trad., Buenos Aires, Emecé, 1991.

a la “sospechosa familiaridad” que el Extremo Occidente puede suscitar entre nosotros (se refiere, claro, a los franceses):

Las “civilizaciones” demasiado afines a la nuestra no suelen merecer ser objeto de curiosidad científica [...] Es demasiado fácil confundirse con el decorado engañoso de estas civilizaciones herederas miméticas. La ausencia de exotismos extremos y de particularismos incommunicables no debe ocultar a los ojos del estudioso ese desfase sutil, esa disonancia esclarecedora, propia de lo que Lucien Febvre llamaba correctamente el “laboratorio latinoamericano”. Más aún, esta América que sólo se revela a quien reflexiona sobre sí mismo propone una diferencia inteligible. “El Brasil me dio inteligencia”: esta frase feliz de Fernand Braudel, dicha al final de su vida, no es en modo alguno una humorada.⁶⁶

No me parece excesivo considerar estas agudas observaciones como derivaciones del acmé civilizacional braudeliano.

5. *Mínima reflexión final*

¿De qué manera hemos de pensar este difícil juego de espejos nosotros, los latinoamericanos? Estudiar América Latina ¿podría confundirnos o esclarecernos?, ¿sería disonante respecto de qué?, ¿nos propondría cuáles inteligibilidades? Todo se reduce a una cuestión de escalas, se nos dirá. Asentiremos e insistiremos sobre la necesidad de robustecer un latinoamericanismo con mirada telescópica o una mirada telescópica latinoamericanista. Recordaremos, por lo demás, que en estos espacios periféricos ha sido con frecuencia difícil “pensar el mundo” —sus grandes áreas culturales, sus civilizaciones— sin hacer propias las formulaciones de quienes se han autoasignado el derecho y el deber de pensar a gran escala a partir de unos puntos de vista que son indiscutiblemente situados, condicionados, relativos. Y volveremos a preguntar: en este difícil juego de espejos, de universalismos semiverdaderos y semifalsos, ¿cómo haremos para no confundirnos, para no perdernos, colocados ante el trance de reflexionar sobre nosotros mismos?, ¿cuál podría ser el “Brasil” capaz de darnos inteligencia?, ¿en qué sentidos y hasta qué punto nos podría ser de ayuda Braudel?

⁶⁶ *Ibid.*, pp. 9-10.

Junto a destacar su interés en recentrar el “lugar de Francia” (y de la latinidad) en el mundo de la segunda posguerra y la Guerra Fría, y, eventualmente, en el mundo actual —lectura en clave política que a esta altura no puede soslayarse—, y a reponer sus consideraciones puntuales sobre América Latina (espacio incommensurable histórica-culturalmente procesado; casi-fraternidad racial; dependencia económica signada por fuertes desequilibrios y fluctuaciones), pienso que releer a Braudel en clave civilizacional puede sernos de ayuda en, al menos, otros dos sentidos.

Por un lado, en lo que respecta a recuperar su *específica concepción de las civilizaciones*, no esencialista y sensible a las complejidades, así como su estilo de aproximación a la problemática, estilo señaladamente abierto al uso flexible de la noción y de su entero campo semántico (no habría que temer hablar de civilización latinoamericana ni, tampoco, de civilizaciones rioplatense, patagónica, andina, amazónica, caribeña, mesoamericana, del calor etc.), así como al empleo de imágenes y metáforas sugestivas y eficaces para “hacer/nos ver” (dunas, océanos, mosaicos, impermeabilidades permeables, centros acrisolados y periferias características, abigarramientos, disparidades y polaridades, destinos conscientes e inconscientes, herencias de larga data que se proyectan a la vez que se revisan y transforman etcétera).

Por otro lado, en lo que concierne a retomar, analogía mediante, sus declaraciones sobre la unidad europea como *ideal cultural* a promover. La unidad latinoamericana *también* puede pensarse, y definirse, como un ideal cultural a promover. Podemos reconocer lo múltiple y lo uno, los vectores de agregación y de desagregación actuando simultáneamente, las realidades frías y crueles, las complejidades y los claroscuros, sin renunciar a robustecer ese ideal cultural de unidad. En el caso latinoamericano, la tarea aparece como necesaria para sustentar procesos de integración genuinos, que permitan avanzar en la superación de la situación de periferia dependiente en la que todavía nos encontramos —bajo el supuesto de que puede haber civilizaciones que, temporalmente, la experimenten, sin estar por eso condenadas *ad aeternum*. Desde esta perspectiva, franca y desmarcada de las ensoñaciones, la imagen de América Latina como civilización abigarrada, neocolonial/periférica, agonal y en ciernes puede (re)cobrar plenos e incluso nuevos sentidos.

RESUMEN

Abordaje del concepto de civilización en la obra de Fernand Braudel, con acento en sus consideraciones sobre América Latina. Se destaca el momento culminante de su reflexión civilizacional en los años 1959-1963, su profunda relación con Brasil, los desarrollos contenidos en la versión en castellano (1979) de su *Civilisation matérielle, économie et capitalisme* y su concepción prudente, flexible y cultora de equilibrios, que permite apreciar permanencias y cambios. Se destaca también la posibilidad de abrir diálogos fructíferos entre el enfoque civilizacional y el del sistema mundial. Sin traicionar la propuesta de Braudel, América Latina podría conceptuarse como una civilización neocolonial, periférica, abigarrada, agonal y en ciernes.

Palabras clave: Fernand Braudel (1902-1985), Escuela de los Annales, sistema mundo, Gilberto Freyre (1900-1987), enfoque civilizacional.

ABSTRACT

The concept of civilization in the work of Fernand Braudel is here reviewed, highlighting his thoughts on Latin America. The climatic moment of his thoughts on civilization during 1959-1963 is also presented, together with the deep relationship he had with Brazil, the thoughts developed in the Spanish edition (1979) of his *Civilisation matérielle, économie et capitalisme* and his judicious, flexible and harmonizing notions, all of which allow an appreciation of changes and continuities. The author also underlines the possibility of generating fruitful dialogues between the civilizational approach and the world-system approach. Without betraying Braudel's positions, Latin America could be conceptualized as a neocolonial, peripheral, heterogeneous, combative and emerging civilization.

Key word: Fernand Braudel (1902-1985), Annales school, world-system, Gilberto Freyre (1900-1987), civilizational approach.